



HOMILÍA DE LA MISA DE CLAUSURA DEL ENCUENTRO INTERNACIONAL 20 DE JULIO DE 2024

Padre Ricardo Londoño

Contaba el Papa Francisco que cuando en el Cónclave se vio claro que era él el elegido, el franciscano cardenal Hummes de Brasil le pidió que no se olvidara de los pobres. Es precisamente eso lo que hemos repetido en el salmo. Que Dios escuche a los humildes y que nosotros, instrumentos del obrar de Dios, no nos olvidemos de los necesitados y de los que sufren.

Esta celebración eucarística está llena de significaciones para todos nosotros. Es la acción de Gracias de una comunidad creyente que quiere ser testimonio coherente del amor de Dios en el amor de los esposos y en el amor de los ministros. Es, también, la celebración que cierra este bello Encuentro Internacional que nos envía con el corazón ardiente a nuestro mundo hambriento de un mensaje de esperanza y de personas que manifiesten claramente el actuar de Dios. Es, igualmente, el inicio del trabajo de un nuevo Equipo Responsable Internacional al que hemos de escuchar y apoyar.

En este contexto, dejemos que la Palabra que hemos escuchado toque nuestros corazones y que el Espíritu de Cristo Resucitado nos ayude a comprender y a comprometernos.

El profeta Miqueas, del siglo VIII a.C. fue testigo de la caída de Samaría y el final del Reino de Israel. Poco sabemos de su biografía y vocación, pero conocemos sus palabras. En el texto de la liturgia de hoy, nos encontramos con una denuncia durísima contra la injusticia y la opresión y una amenaza a un pueblo que pronto sería destruido. 2700 años después, pareciera que las cosas no cambian. Desigualdades, corrupción, ambiciones, etc., son nuestra realidad ordinaria.

El evangelista Mateo nos pone en el mismo camino. Jesús perseguido que no deja de actuar: cura, predica y hace presente y visible la figura del Siervo de Yahvéh que, lleno del Espíritu, cuidará lo frágil y delicado y con su obrar conducirá a las naciones hacia el destino glorioso.

Es el mismo Señor que con delicadeza y sencillez se acerca a los discípulos tristes y vacilantes para llevarlos serenamente al reconocimiento de la verdad del Resucitado y a la misión de anunciarlo con alegría.

Una gran invitación para quienes vivimos el misterio del Dios Encarnado que se entrega, nos da su Cuerpo y Sangre como fuente de vida y nos une en el compromiso de salir renovados y alegres a cambiar los corazones duros y fríos. Nos lanza a pasar de la compasión pasiva a la acción concreta a favor de los que necesitan.

Es nuestra ruta: vayamos con nuestro corazón ardiente a ser testigos de lo que decimos creer y de lo que, durante estos días hemos vivido. Que así sea.